



BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA CRUZ DE LA ESPADA

ó

La espada de la Cruz en la conquista de México

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1
1900



LA CRUZ DE LA ESPADA



Ahora vamos á pasar al fondo de una espantosa caverna, donde se desarrollaban las batallas del infierno azteca...

Al fondo de esa caverna bajó Moctezuma, la misma noche en que los once navíos de la escuadra de Hernán Cortés, se presentaba delante de lo que debía



ser más tarde la Villa-Rica de Veracruz,
en la costa del Golfo de México...

*
* *

¡Cuán sombrío estaba el caudillo español,
la víspera de que se decidiera á ocu-

par definitivamente las tierras del reino de Moctezuma!

¿Por qué vacilaba?... ¿Por qué temía? Dicen las antiguas leyendas, que no son sino fantasías recogidas de polvosos pergaminos, que Hernán Cortés tuvo visiones rarísimas, que creía encontrarse delante de raros personajes... Miles de fantasmas le perseguían, y por el aire entenebrecido miraba pasar enjambres espantosos de pálidas siluetas...

¡Eran sus mismos pensamientos! ¡Era que sus ideas se convertían en fantasmas!

Sus ensueños de gloria, sus nobles deseos de convertir á la fe cristiana á los pobres indios, sus anhelos por la gloria del cristianismo y el esplendor de su patria, de la hermosa y ya enorme España, revoloteaban en su imaginación como brillantes aves luminosas, como magnífi-

cas aves de luz, como águilas de alas de fuego, surcando cual vivísimos relámpagos las tinieblas...

¡Qué maravilloso espectáculo!... ¡Ay! pero sus remordimientos... la idea de que se había portado mal con su compadre, el gobernador de la Isla de Cuba, por haberle desobedecido... y el pensamiento de las arbitrariedades ejecutadas para apoderarse de víveres; los hechos cometidos por su ambición... ¡Ah! aquel vino de la ambición en que se embriagó una noche, muy jovencito aún, en Salamanca, cuando soñó en encontrarse dueño del Castillo del Poder; aquel vino de la ambición había hecho de Cortés el hombre intrépido, el caudillo más audaz, el conquistador que tendría que ser más célebre.



Quiero evocar los espíritus del futuro. Ya que se me han presentado en el insomnio de mis noches muchos fantasmas, quiero saber todavía con más precisión lo que se me espera... Yo no retrocedo ante nada y ante nadie. Que se abra ante mí el gran libro del Porvenir

¡Vaya, vaya!... Veo que las tinieblas son tan frías como mudas, no me dicen nada... y al decir estas palabras, Hernán lanzó una carcajada.

Por lo pronto sólo le respondió el eterno rumor del mar, las grandes olas del Golfo, que se lamentaban siniestramente, balanceando los once navíos de la flota, que se encontraba frente á las playas del reino mexicano...

Era muy obscura aquella noche. Cortés, impaciente, vagaba sobre cubierta, meditando en los futuros destinos de su vida; sin adivinar más que esos destinos estarían ligados con la triste suerte de aquel reino, cuya vasta extensión nadie conocía aún...



Al día siguiente iban á desembarcar.

¿Qué sería de su empresa? Su augusto protector celeste, el señor San Pedro, que tanto le había protegido hasta entonces, ¿le seguiría protegiendo?

Lanzó repentinamente una gran carcajada que hizo estremecer el buque «Capitán,» donde se encontraba.

Era como un desafío á la suerte.

Y de nuevo, como otras veces, sintió á su lado como un frío intenso. Volvió el rostro Hernán, y se encontró con una figura negra, completamente negra, de los pies á la cabeza... ¿Era un monje?... ¿Era un fantasma?... ¿Sería realmente una persona ó visión extraña de su delirio?...

Nunca lo pudo saber.

—Voy á resolver tus dudas, audaz Cortés. ¿Quieres saber lo que será de tí? Lo debes adivinar. Pregúntalo á tu conciencia. ¿Has obrado bien? ¿Sabrás cum

plir? «Si esgrimes bien tu espada, levántala hacia los pobres vencidos, no por su punta, que mana sangre, sino por su cruz, que irradiá paz.» Acuérdate de esto y resuelve el problema: «O la cruz de tu espada, ó la espada de tu cruz.»

Mira, Hernán, tus ojos brillan con relámpagos rojos... ¿Qué significa esto?... ¿Incendio? ¡Sí!... Incendiarás tus naves... y eso será un heroismo sublime para hacer de tu gente, el ejército, que no retroceda, llevando tu estandarte con sus cruces á la conquista de los nefandos teocallis, donde los soldados mexicanos sacrifican la sangre inocente de sus prisioneros en bárbaras hecatombes... Sí, incendian los templos aztecas; tus ojos reflejan tintas rojas. ¿Son las manchas de sangre con que se lavan las negruras de los pecados?... Bien; entonces tu misión será de gloria, porque será justa,

aunque sea terrible... Pero, ¡ay! Hernán, que nunca esas llamas rojizas de tus pupilas, reflejen las hogueras de los injustos suplicios, ni que sus tintas escarlata sean semejantes á los coágulos sangrientos de las víctimas inmoladas, faltando á la palabra de honor de los hidalgos de la heroica España... Ama la virtud azteca; respeta su moral, que es severa como la de las buenas familias hidalgas; admira el temple de sus guerreros, educados en la sobriedad y el amor á la patria; admira sus reyes, descendientes de nobles caudillos que engrandecieron su pueblo, elevándolo, vencedor, sobre la tiranía de los reinos vecinos, sacrificándose y luchando de padres á hijos, para hacer una nación próspera y feliz, poderosa y única, legando nombres gloriosos y grandes ejemplos de alta magnificencia. Conduélete de las miserias de los re-

yes encadenados á la superstición, y sobre ella y sobre ellas planta, leal y altivo, tu estandarte, desenvainando tu espada para levantarla alto, muy alto, por el lado de la cruz, no por la punta; esparciendo luz, no virtiendo sangre... Si ejecutas eso, que bien lo puedes hacer, porque por eso tienes ojos que brillan con relámpagos de genio conquistador, que Dios te bendiga, ¡ay! si no, que algún día te lo tome en cuenta.

.
Meditó un instante el aventurero, presa de mortal angustia. El, no era malo. Se había educado en la moral cristiana, amaba el Evangelio. Su santo patrón, al que se encomendaba en todas sus empresas, era el apóstol San Pedro, y se sentía halagado con aquellas profecías que le pronosticara la misteriosa figura negra. Pero ¡qué atroz combate libraba

su espíritu en las tinieblas, para vencer la embriaguez de la ambición! ¿Vencer y ser bueno? ¿Presentar á los enemigos la espada por la cruz de la empuñadura?

.



Cuando Cortés levantó la cabeza, ya había desaparecido la negra fantasma, y en su lugar encontróse una mujer magníficamente ataviada, galana y sonriente; luz fosfórica y cálida, de un ardor voluptuoso, le envolvía.

—Tienes sed, ¿verdad, amigo mío?... Bebe... esto fortifica... Bebe...



Absorto, contempló la deliciosa imagen el capitán; pero embriagado por la seductora expresión de aquel portento mágico, Cortés extendió su mano tomando la copa que le alargaban, apurándola hasta las heces...

—¿Qué vino es éste tan delicioso?—

preguntó, sintiéndose feliz como nunca...

—Ya lo has probado... Es el licor de la ambición. Su embriaguez hace irresistible al hombre que lo ha bebido; con él se realizan todas las conquistas; con él se escala el Castillo del Poder y del Alcázar de la Gloria,—le dijo alegremente la maravillosa figura.—Pero también su embriaguez conduce á la crueldad y al eterno baldón de la historia,—murmuró tristemente la silueta negra, que fué desapareciendo del barco.

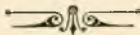
Quedó abismado Hernán Cortés, luego vió que todo había desaparecido... Apenas divisaba á lo lejos la costa mexicana, donde desembarcaría al día siguiente...

—¡Siempre estos sueños, siempre estos sueños!—murmuró el caudillo, y luego agregó:

—¡Oh! amado señor San Pedro, guíame y haz que estos sueños no sean pesadillas, y todo sea para tu gloria y la de Nuestro Señor Todo Poderoso, Unico Rey del cielo y de la tierra!

.

La Cruz cristiana iba á ser el escudo de la conquista de Anahuac... Las luchas tremendas empezarían pronto; ya lo veréis, amigos míos...



Historia de Meztlichotil
Las Hazañas de Moctezuma
El Estandarte Negro
Un Sueño de Moctezuma
La Muerte del rey Tizoc
Los paraísos del Nuevo Mundo
El juramento de Cuahutemoc
Historia de la bella Mallitzin
El Abismo de las Flores de sangre
Diego Colón, el hijo del Genio
El defensor de los Indios
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo
La paloma de San Pedro
La cruz de la espada
La princesa Axempaxot Chitl
La conjuración ante el huracán
El guerrero Azteca
Las fuentes del oro
Los españoles en Yucatan
El Aguila ante los hijos del sol
El Embajador Ocelotl
Los monstruos del Rayo
El castillo del poder
Hernán Cortés y sus primeras aventuras
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo